Crítica de libros

TRES POETAS EN UNA NUEVA COLECCIÓN

Que nazca una nueva colección poética es siempre motivo de alegría, sobre todo si la "criatura" viene al mundo en condiciones de perdurar y con padres dispuestos a cuidarla como es menester. *Palabra y Tiempo* —título y lema machadianos—ha visto la luz en Madrid este año de 1961 y presenta, desde el principio, síntomas manifiestamente saludables. Crece a ojos vista; tiene solera y buen aspecto. Para los que estamos interesados en esta clase de acontecimientos constituye una satisfacción que la familia de editores-poetas aumente cada vez más. Los editores-no poetas pueden sentirse—¡quién sabe!—estimulados.

Luis López Anglada, que abrió en 1955 la colección Ágora con su libro *Elegías del capitán,* con el que por cierto debuté como crítico en esta Revista, es el director, asistido por un Consejo editorial de suma garantía. No cabe sino desear desde aquí a *Palabra y Tiempo* una vida tan prolongada como de otras colecciones poéticas españolas.

A José García Nieto le ha cabido el honor de abrir plaza con el libro que obtuvo el Premio Nacional de Literatura de 1957: *Geografía es amor.* España en versos. El tema de España ha cundido mucho en estos últimos años, y cuando se alude a ello suele traerse a capítulo la influencia de Unamuno y Machado, en los que nunca falta la emoción del paisaje, lo cual no puede decirse de la poesía que abundando en este sector han escrito algunos poetas de posguerra. De aquí que, por lo pronto, el modo con que García Nieto trata este gran tema resulte casi una novedad. *Geografía es amor* es andar, ver y sentir el paisaje, pero siempre en relación con la intimidad lírica. El paisaje es y está; no se convierte en símbolo ni se totaliza. García Nieto busca los variados tonos de España viéndola de parte a parte; viéndola para a su vez interiorizar el verso creando una elegante armonía entre mirada y corazón. Porque el poeta ha vivido y los paisajes suelen ser aquí incitaciones que provocan la memoria y ayudan a fijarla estética y emocionalmente. La actitud del poeta ante su patria resulta antirretórica—excepto en el primer poema—, porque la retórica anida en las generalizaciones que tratan de definir más que de cantar. Castilla se nos aparece jugosa y propensa a la melancolía, visionada en momentos. Las acacias de Zocodover significan infancia. Las Navas del Marqués una elegíaca pregunta a Luisa Esteban. Soria es el dolor por el padre en un soneto magistral:

> Sé que pregunto y es la tierra muda,
> que soy el hombre yo sin más ayuda
> que la de tu ceniza al otro lado.

Se puede ser concreto sin falsas llanezas; se puede hacer una poesía bella sin bonitismo; se puede subjetivizar sin perder de vista lo contemplado. Es lo que pretende y logra García Nieto, cuya tersura de verso no cae en tiesura. Es lógico que no todos los lugares den motivo a idéntica calidad. Que haya en *Geografía es amor* inevitables rellenos, pero cuando así ocurre el poema no falla nunca en el buen hacer de una poesía sin apoyos ilegítimos. En unos poemas predomina lo íntimo; en otros la plástica sin recargamientos. Rara vez está ausente el ramalazo de la intuición poética, aunque se trate de un tema de paso. A mí me complace destacar—la tierra y el acierto mandan—ese soneto del Cristo de los Faroles de Córdoba y esos versos ante el monumento a Bécquer en Sevilla, perfectamente dichos.

García Nieto es norteño. Por tanto, será el Norte quien inspire los poemas mejores. El Canto a Rosalía. Y sobre todo—Soria aparte—lo incluído en el *Nuevo cuaderno del Guadarrama,* porque en él, para rematar el libro, se une la cualidad de poeta largo que hay en García Nieto con esa hondura autobiográfica tan límpida y serena.

> Yo soy silencio, Señor,
> en la montaña también,
> piedra dejándose, bien
> hallada forma de amor.

Este es un clasicismo sin pastiches; de dentro a fuera, sustanciado. Sencillo. Vuelvo a repetir: antirretórico. Las apariencias pueden engañar. Y la poesía de García Nieto ha cristalizado a estas alturas en naturalidad y emoción. Se ha temporalizado mediante la experiencia. Sin olvidarse en ningún momento de que su libro es geografía lírica, lo humano y personal del poeta manda mucho. El hijo, la herencia, cierran este caminar emotivo por tierras de España, donde ésta aparece cual es, lo mismo que el poeta que la canta.

Alguna similitud hay entre *Geografía es amor* y *Contemplación de España,* de Luis López Anglada. Similitud de tema, aunque con muy distinto desarrollo y características. Empieza en una panorámica, pero inmediatamente advertimos que L. A. no se propone pasear su cámara poética por el paisaje español—a pesar del título—, sino atender más a lo histórico localizando en pocos lugares su visión, que aparece así impregnada a veces de preocupaciones colectivas. "Pueblo en ruinas":

> Lo hicimos con amor en veinte siglos
> de nacer y morir y estar amándolo.
> Lo deshicimos casi en una aurora.
> El tiempo acabará por sepultarlo.

Pesimismo, sí, en el calificado como optimista. Es lo que tienen las clasificaciones simplonas y a la buena de Dios. López Anglada no busca España en los grandes paisajes, sino en la ciudad de hoy: Madrid y la provincia. No se ciñe tan estrictamente como García Nieto a lo que reza el título, sino que intercala composiciones que están referidas al vivir con o sin España. Por ejemplo, los sonetos que siguen al sugerido por la Puerta del Sol, donde comienzan los caminos y que inicia en este libro una serie de aciertos de tema originados merced a perspectivas,

que de un modo indirecto, con técnica de planos cortos, permiten adivinar lo que allí no consta. Aunque sea trastocando el orden del libro quiero referirme a la parte de él que me parece más completa y nueva: la dedicada a Madrid. En ella ha puesto López Anglada de modo rotundo sus cualidades de buen poeta. También es éste un clasismo sustanciado y más: puesto al día.

Y después Dios dirá. Para el viaje
él solo trae, por único equipaje
el viento provincial de la esperanza.

El poeta se instala en lo vivido. Y como el verso no se le resiste, como dice lo que tiene que decir, vamos de buen poema a buen poema. Pero, aun dentro del estupendo tono general, cabe que afinemos en preferencias. "Semáforo" y, sobre todo, "Un preso cruza por Madrid".

El no
supo nada, estaba preso,
—quién sabe por qué!—

Pasó
pero no le vimos nadie
ni nos dimos cuenta, no.

Qué expresivo es que en esta parte haya dos composiciones donde aparece el hijo una vez en relación con el pasado—"Las estatuas"—y otra en relación con lo que vendrá—"El futuro de Madrid"—, síntomas de que al poeta no le apetece distanciarse para la contemplación, sino quedar entramado en ella cordialmente, sin tonos huecos.

Niños también en ese redondel que forman ocho. Tantos como sonetos. Y bueno será decir que los sonetos de López Anglada tienen una magnífica claridad y no huelen a sudor de esfuerzo, aunque lo supongan, ni juega con ellos al quiebro rehuidor de consonantes. Me gustan más los dedicados a Galicia, especialmente el titulado "Puente de Cambados":

Tierra de esperar eres; yo de arena
como la playa soy el agua llena
de soledad mis brazos. Frente a frente

tú y el mar, tú y el viento, tú y la vida,
y yo sólo una sombra combatida
por todos los misterios sobre el puente.

Esta diafanidad y un conseguir la emoción sin ayuda de efectismos que siempre han sido características en la poesía de López Anglada vuelven a aparecer aquí, pero con mayor intensificación, con mayor sencillez si cabe. Siempre en primera persona el poeta. Siempre dispuesto a contarnos algo suyo, como corresponde a un lírico, ni más ni menos. *Contemplación de España* contiene esas virtudes que algunos pretenciosos llaman *menores,* pero sin las que no hay ni poesía ni poeta.

Un poeta joven se pone a recordar. Parece decirnos: "Antes que se me olvide..." Pocas veces en una obra poética podrá hacerse una distinción tan radical entre recuerdo y nostalgia como en *Recordatorio,* de Eladio Cabañero. Nostalgia, ninguna. El recuerdo aquí es el modo usado para la interiorización, y esa interiorización exige situar las cosas

y personas en los poemas tal como estuvieron en la vida; exige que el poeta narre, pormenorice, extienda los lienzos evocadores, propenda a una plástica verbal frecuentemente conmovedora. Cabañero desarrolla todas las posibilidades de cada poema, lo apura, procurando que en ese desarrollo unos cuantos versos sean sintetizadores. Así en "Los trenes" un su final, insistiendo en lo anterior, lo intensifica de manera extraordinaria:

> Dan en creer los pobres esas cosas
> cuando son pobres, siempre trabajando
> y sin salir del pueblo para nada.

O, de semejante modo, en el poema que abre el libro, "Castilla 1960", en que el esfuerzo de precisión en el lenguaje es tan digno de destacar, hay una acertadísima mezcla del ambiente milenario con el momento presente que desemboca en otra síntesis:

> Todos juntos
> hacia el amor. Ahora, en este tiempo
> que no vuelve atrás nunca, mas nosotros
> pidiendo, deseando que así sea.

Cabañero es un intimista en compañía. Busca ser solidario porque así, en la contrastación, puede conocer quién es. El impulso amoroso le lleva a sentirse cerca de los demás—familia, amada, gentes de su pueblo—, concretando siempre, matizando incluso en ritmo moroso, como si se complaciera con dolor en ir arrancando las palabras, que se afincan en lo concreto con vigor y orden. El adjetivo, humano, tan baqueteado ahora, le viene a la medida, como a pocos. Cabañero templa a solas su instrumento; llega esta sensación de soledad a su colmo en "Desde esta habitación", en el que ambiente—una de sus peculiaridades—y autobiografía se funden hasta estremecer. Cabañero no resulta brillante; su fuerza está en los grises, en el temblor de la poesía auténtica, trabajada y humilde. Podemos estar seguros de que si en su temática aparecen las personas que apenas tienen lo necesario no es por esnobismo ni por otra intención que la de darnos su medida de hombre y la de que los que con él conviven.

Recordatorio ensancha sus límites hacia lo que ya no es estrictamente recuerdo. El poeta está en el mundo de hoy; y tiene las preocupaciones propias de los seres sencillos. Teme y espera como todos. Habla del pan y del agua, porque cree en lo esencial, en lo que es de siempre. "El pan"—con el que obtuvo el Premio Juventud de 1956—es un poema en su línea mejor, aunque desde entonces acá haya superado con otras composiciones lo que aquella que supuso su revelación. Una y otra vez repite: "Poned el pan sobre la mesa" como invitando a lo simple y hermoso de ese acto. Cabañero suele tomar un verso para que le sirva de caballo de batalla. Y cuando parece que está volviendo a empezar lo que hace es añadir, establecer nuevas dimensiones en el poema, con perfecto conocimiento de lo que es el verso libre, donde esas repeticiones suplen la temporalidad de la rima.

Por otra parte, los sonetos de *Recordatorio* nos demuestran cómo Eladio Cabañero no es poeta de un solo registro, aunque su tono sea el mismo. Y entre estos sonetos hay dos de magnífico logro: "El mi-

nero" y "El mar". Sonetos, muchos de ellos de circunstancias, son los que agrupa bajo el título "Doce poetas alrededor de una mesa". Si no se hallan entre sus mejores piezas tienen el gran interés de expresar lo que al poeta importan los demás poetas, lo que hay en él de calidad humana. *Recordatorio* es el libro de Cabañero que más variada y hondamente nos proporciona un conocimiento de lo que su poesía es a estas alturas y de lo que puede ser. Lírica y narración; psicología y plástica; sentimiento conmovedor y lucidez.

"LA BUENA VIDA"

Lázaro, la figura evangélica más recreada en la literatura de nuestros días, es el protagonista de este poema dialogado de Gabriel Celaya. Aquí Lázaro no está callado, ni mucho menos. En cuanto vuelve a la vida se aplica a la dialéctica con un entusiasmo formidable. Están con él Marta, María y el Doctor. Si en cuanto a las dos primeras no hay duda sobre lo que representan en el poema, el tercero da motivo a ciertas especulaciones. He realizado una pequeña encuesta entre lectores de *La buena vida* y en estos momentos sigue sin aclarárseme en definitiva el personaje: uno me ha dicho que se trata de Dios, "un Dios muy raro"; otro que es la Metafísica; otro, en fin, que la Ciencia. No sé. Me inclino por ver en el Doctor una contrafigura del propio poeta, aunque Lázaro parece otra contrafigura, a veces. Hay, pues, clave. Bien. Es casi lo normal. Prosigamos: a Lázaro le preguntan qué es la muerte y él responde hablando de la vida. María se muestra de acuerdo con su hermano en esta especie de exaltación de los valores elementales a la que se suma en los últimos momentos el propio Doctor. La "buena vida" es lo único que importa. Lázaro se autoidentifica repetidamente con el pueblo, que, según su idea, tenaz como de vasco, vive sin principios ni doctrina, con sólo el cuerpo, etc.

Aparte de un filosofismo materialista de lo más decadente se observa en este poema la influencia indudable de ese dicho "¡a vivir que son tres días!", que no sé si tiene antecedentes alemanes. Una de las bases de argumentación es el "tralarín, tralarán" de María, a quien su hermana ve "sucia de besos y de arena", con lo que la expresión lorquiana resulta muy eficaz. Supongo que nadie se mostrará en desacuerdo con la idea de Lázaro, según la cual cada uno debe tener lo que le corresponda.

Analizar y, por supuesto, discutir la intención del poema celayano nos llevaría a terrenos que sobrepasan los de la crítica poética. Atengámonos a ésta. *La buena vida* contiene todas las características de Celaya: discurso más que intuición, lenguaje con increíbles vulgaridades y, otras veces, pretencioso, muy lejos de lo popular. Y algunos ripios gracias a un empeño en la rima poco afortunado, inhábil. Todo esto en otros libros consigue Celaya que lo olvidemos—o casi—por el contrapeso de otros valores; en *La buena vida,* no. Su consecuencia es la frustración. Y ante la frustración sólo cabe decir "otra vez será". Otra vez, seguramente, muy próxima. Porque hay que tener en cuenta, en justicia, que si Celaya da mucho está expuesto a equivocarse mucho.

JIMÉNEZ MARTOS

RICARDO GULLÓN: *Estudios sobre Juan Ramón Jiménez*. Editorial Losada, S. A. Buenos Aires, 1960.

El crítico, normalmente, lo que hace es razonar sobre el libro estudiado y después estampa su juicio. Yo no haré eso. Quiero empezar afirmando mi opinión: ¡extraordinario libro éste de Ricardo Gullón! No conozco nada mejor sobre la figura del poeta de Moguer. Las anteriores *Conversaciones con Juan Ramón Jiménez,* del mismo Gullón, han quedado complementadas y reasorbidas en este magnífico ensayo, en el que si la disposición de los temas resulta dinámica y de interés creciente, la prosa nos trae un oreo y una claridad de estilista nato.

La autenticidad de Juan Ramón queda en este libro demostrada. Parece mentira que todavía haya quienes la pongan en duda. Pocos poetas han vivido tan fundidos a su poesía. Lo que no fuese realidad o posibilidad poéticas, no contaba para Juan Ramón Jiménez. Señala Gullón el divorcio del moguereño con los compromisos políticos. La sinceridad no admite esa clase de trabas a menos que sean accidentales y Juan Ramón no tuvo nada de accidental. Se va a los sesos poéticos por derecho. También nota Gullón la desnudez con que el gran poeta trata de la muerte y cómo el temor a ella lo llevó por dentro y permanente, en las entrañas. La imaginación es realidad para el que imagina.

Otro punto importante: la influencia del poeta en la poesía española contemporánea. Influencia tan fuerte como la de Rubén—son palabras de Gullón—y superior a la de Machado y Unamuno. Gullón es valiente afirmándolo. Existe una corriente anti-Juan Ramón, la cual le niega el pan y la sal. Parece que el poeta de Moguer fuese un cursi señorito que escribía versos muy monos, muy líricos, y nada más. Ya es hora de acabar con tanto estiércol de opinión. Poetas de su talla habrá si acaso cinco o seis a lo largo de toda la poesía española. Manejó el idioma como un dios y sacó agua de su inagotable pozo con tal dedicación, que ese agua aplaca la sed de todo un medio siglo. No fué Juan Ramón un visionario, un meditador estricto, un organizador. Se contradice a menudo; no hay que buscar el orden en su poesía, está lejos de San Juan o de Goethe. Pero su sensibilidad e inteligencia poéticas son superiores. Y la libertad (aunque con el precedente de Rubén Darío) que dió a la temática fué creadora: todos nos consideramos beneficiados —es decir, herederos—de ella. Juan Ramón ha influído más que Machado, por lo menos en los poetas que hacen poesía. En los accidentales habrá influído más el último Machado. Gullón afirma que Juan Ramón Jiménez, en sus postreros años, se preocupó de organizar una visión del mundo. Creo que no es poeta visionario. Sencillamente es un gran poeta de cada momento, existencial—tanto o mejor que Rilke—, y por eso descubridor de zonas nuevas.

Gullón tiene aciertos muy finos. No puedo detenerme en ellos. Sólo voy a reproducir unas palabras suyas, al estudiar el uso de los neologismos—sobre todo en *Españoles de tres mundos*—por parte del poeta. "En el segundo grupo [que se refiere a palabras de corte personal más acusado, pero siempre relacionadas y como derivadas de otras]... "*solerías* inmortales", referido a los suelos de algún fabuloso jardín Elíseo, parece tener dentro algo popular, y no me extrañaría que la palabra

fuere utilizada por el pueblo en alguna comarca cuyo lenguaje diario no me sea bien conocido." Exactamente. *Solería* es una palabra muy usada en Andalucía, sobre todo en las tierras que van (Aljarafe, el Condado) de Sevilla a Huelva. Solería de azulejos, etc. Ricardo Gullón no sólo acierta en lo fenomenológico, sino intuye y deduce, y no se equivoca. Valga este ejemplo para probar el rigor con que Gullón ha llevado sus meditaciones sobre la figura de Juan Ramón Jiménez, poeta vivísimo, enorme como una rosa eterna y de intocables pétalos. "No le toquéis ya más—que así es la rosa."

RAFAEL LEÓN: *Historias de Jacob.* Cuadernos de María Cristina. Poesía malagüeña contemporánea. Málaga, 1961.

Ocho poemitas nos da ahora Rafael León, presentados con esa esplendidez a que nos tienen acostumbrados los malagueños de *Caracola.* Buen gusto y mimo que va desde el papel a la ausencia total de erratas. De esto sabe mucho Rafael León.

¿Y los versos? Con sinceridad, esperábamos más de León. Las estrofas se acartonan y apenas alguna que otra imagen logra interesar. Poesía sin nervio, en esta hora en que los andaluces necesitan de genio más que nunca. León no puede, no debe salir ahora con estos versos. En un primer libro son explicables. Al final, nos detalla el proceso y la publicación de cada poemilla, y con tanta minuciosidad, que pudiéramos pensar que estábamos ante la *Divina Comedia.*

JAIME GIL DE BIEDMA: *Cántico. El mundo y la poesía de Jorge Guillén.* Biblioteca Breve.—Editorial Seix Barral, S. A. Barcelona, 1960.

Pongamos por delante que este ensayo sobre Jorge Guillén está muy bien escrito. Prosa magra, llena de logicidad y con frecuentes incursiones por el mundo, más que de Guillén, del propio Gil de Biedma. Hay meditaciones felices, aunque alguna que otra vez el teorizador arrime el ascua a su sardina. Pero sin duda es un libro, en detalle, *razonable.* He aquí unas palabras explicativas de Gil de Biedma: "Anotemos que hoy es frecuente, aun entre los críticos—que por dedicación profesional debieran ser más cuidadosos—, el empleo de los términos *lírica* y *lírico* como sinónimos de *poesía* y *poeta,* a pesar de que sólo de modo analógico puede calificarse de lírica a una parte importante de la poesía que actualmente se escribe" (pág. 26). Conformes. La poesía nunca puede ser unilateral. La poesía épica, la que narra la experiencia vital del hombre contemporáneo, tiene tanto derecho como la otra a ser leída y escuchada. (Sobre todo escuchada, si hemos de creer a la importancia que Celaya concede a la comunicación oral de los versos épicos. Ocurre, no obstante, que la novela ha ocupado el terreno de la antigua poesía épica, y ésta no tiene todavía delimitado con exactitud

su ámbito, su campo de actividad. Y otra cosa: lo épico y lo lírico se entrecruzan en muchos poemas y resulta difícil matizar. Decir de un poema que es sólo narrativo o sólo lírico constituye un riesgo, una afirmación muy discutible.

Sí, Gil de Biedma, como dije anteriormente, aprovecha para expresar meditaciones flechadas a lo suyo. En el capítulo III del libro, titulado "Amor de muchos días", el ensayista nos interesa y nos embauca—legalmente, eso sí—con sus pensares sobre el amor como tema literario. En el capítulo IV, "A vista de hombre", vuelve a interesarnos al escribir sobre la muerte. La inteligencia de Gil de Biedma está demostrada, lo mismo que su curiosidad humanística. Hay que vivir alerta a la poesía, pero también a todo lo que en ella se cumple. La cultura, el cotejo, el pinito distinto, son garantías de una mente a punto.

Esto que digo son ventajas y méritos. Mas el libro peca de un poco de monotonía, de reiteraciones. Libro personal, desde luego, y escrito con amor a la obra del poeta Guillén. Lo mejor de Jorge Guillén es que su poesía, aunque de *organizada visión* (¡y cómo la tiene!), presenta en la expresión una torcedura respecto de lo usual. Poesía que parece difícil o forzada, como si el poeta hubiese leído pocos libros de versos. El lector, o se coloca pronto en el plano de Guillén, o no logrará coger las mieles a tanta novedad. Guillén, además de una complacencia con el mundo, presume tácitamente de otra consigo mismo. No le gusta hablar de su obra, como a Juan Ramón Jiménez, pero cree que ha interpretado con verismo a su alrededor. La expresión es jubilosa. Por eso, cuando Gil de Biedma escribe que "el supuesto esencial de la poesía de Guillén (es) la actividad verificadora de la mirada humana" (página 177), afirma una certeza. Claro que esa mirada es una mirada humana, la *de* Guillén. El objetivismo que pretende Gil de Biedma resulta imposible; siempre existirá un condicionamiento de tipo subjetivo e integrador.

El último Guillén, para el ensayista, ya ha roto los supuestos de su misma poesía. Ahora el poeta querrá ponerse por delante del protagonista y caerá el dinamismo. El lector no se siente dentro del poema. "En el instante mismo en que la acción del discurso no se encamina ya a la verificación de una situación de hecho, sino que explícitamente se emplea en ilustrar y defender una determinada visión del mundo, el supuesto esencial de la poesía guilleniana puede considerarse caducado, y el estilo pronto degenera en artificio" (pág. 185). Pero, ¿está defendiendo Jorge Guillén una visión del mundo o simplemente exponiéndola? Toda visión es una interpretación, no lo olvidemos. Y el paso—posible—de un objetivismo de cenit organizado, por mucho que pudiera parecer delectación y truco, confirma el ahondamiento interior de todo poeta en madurez.

Así como Guillén interpreta al mundo, Gil de Biedma ha interpretado a Guillén. Está en su derecho. Eso es lo que hace falta: pensamiento y teoría, inteligencia para juzgar la obra, amor con el juzgado.

MANUEL MANTERO

NUEVOS POETAS ESPAÑOLES

Acaba de aparecer en la colección Ágora *Nuevos poetas españoles,* antología de Jiménez Martos, bien conocido por los lectores de estas páginas críticas. Por ser algo tan nuestro, nos abstenemos de su reseña aquí, pero en este y números próximos les iremos dando a conocer párrafos de las notas y artículos aparecidos.

Hoy copiaremos algunas frases del que ha escrito el eminente crítico y académico Melchor Fernández Almagro, titulado "Signos de una promoción: Nuevos poetas españoles", aparecido en *La Vanguardia Española,* de Barcelona, en fecha reciente. (Antes mencionemos a José García Nieto, ilustre poeta director de *Poesía Española* y de la emisión "La palabra en el tiempo", de Radio Nacional, por su cálida acogida radiofónica a la Antología.)

Del artículo de M. Fernández Almagro:

"Nada menos que todo un libro, y no ciertamente breve, haría falta para establecer el contacto con los nuevos poetas españoles, y como un excelente antologista, Jiménez Martos, presenta un grupo de aquéllos, en libro lanzado por Ágora, fuerza es que nos refiramos a su prólogo, que pone al lector en camino de entender la poesía de dicho florilegio. Pero dado el carácter y las dimensiones de la obra, no ha podido tomar Jiménez Martos su tema desde muy lejos, sino desde las casi-vísperas del movimiento de hoy. De ahí que arranque de una observación lo bastante expresiva para que el lector se sienta impelido a marchar por su cuenta, libro adentro, una vez respaldado por estas palabras: "La historia de la poesía española, en el último cuarto de siglo, ha significado un constante entrecruce de generaciones en actividad. Este fenómeno singularísimo ha hecho posible que desde Juan Ramón Jiménez a los poetas de quince años convivieran y convivan en las mismas revistas—siempre minoritarias—y exista un respeto y familiaridad entre los que llegaron, digámoslo así, y los que van de ruta."

.....

"Once poetas forman en esta antología; cuatro del sexo femenino: Gloria Fuertes, María Elvira Lacaci, Concha Lagos y Pilar Paz Pasamar, y siete del masculino: Manuel Alcántara, Eladio Cabañero, Manuel Mantero, Julio Mariscal Montes, Claudio Rodríguez, Carlos Sahagún y José Ángel Valente. No por simple entretenimiento los hemos recontado en función de su origen geográfico: cinco son andaluces, dos gallegos, dos de Castilla la Nueva, uno de la Vieja y un levantino. Se ve que Andalucía continúa prevaleciendo, al menos numéricamente, y si faltan catalanes no es, desde luego, porque no los haya en región de tanto y tan cualificado hervor literario, en general, y poético, en particular, sino porque el seleccionador no se ha propuesto representar a todas las regiones. En cualquier caso, los cinco poetas andaluces dijérase que garantizan la presencia, en la poesía actual, de una gracia lírica muy peculiar, que se hace perceptible en versos muy airosos y transparentes. Por supuesto, Manuel Alcántara, Concha Lagos, Manuel Mantero, Julio Mariscal y Pilar Paz Pasamar no monopolizan la grácil diafanidad del concepto y la dicción."

.....

En *Nuevos poetas españoles* se moviliza una promoción muy reciente. Jiménez Martos la presenta en su prólogo, y los poetas, naturalmente, se definen del todo en sus bien escogidas composiciones."